

Alberto José González Chaves

# De León XIII a León XIV

## Unidos por el rosario

Prólogo de Francisco Pérez González  
Arzobispo emérito de Pamplona y Tudela



# Índice

|                                                  |     |
|--------------------------------------------------|-----|
| Prólogo.....                                     | 11  |
| I. ¿Quién fue León XIII?.....                    | 15  |
| II. ¿Quién es León XIV? .....                    | 25  |
| III. ¿Qué es una encíclica? .....                | 33  |
| IV. ¿Qué es el rosario? .....                    | 41  |
| V. Encíclicas de León XIII sobre el rosario..... | 49  |
| <i>Supremi apostolatus officio</i> .....         | 53  |
| <i>Superiore anno</i> .....                      | 65  |
| <i>Vi è ben noto</i> .....                       | 71  |
| <i>Octobri mense</i> .....                       | 79  |
| <i>Magnae Dei Matris</i> .....                   | 101 |
| <i>Laetitiae sanctae</i> .....                   | 119 |
| <i>Iucunda semper</i> .....                      | 133 |
| <i>Adiutricem populi</i> .....                   | 149 |
| <i>Fidentem piumque</i> .....                    | 167 |
| <i>Augustissimae Virginis Mariae</i> .....       | 179 |
| <i>Diuturni temporis</i> .....                   | 191 |
| VI. León XIV, papa mariano.....                  | 197 |
| Apéndices.....                                   | 209 |
| <i>Quamquam pluries</i> .....                    | 211 |
| <i>Ingruentium malorum</i> .....                 | 221 |

## Prólogo

Me uno con gozo al autor de este libro, *De León XIII a León XIV, unidos por el rosario*, porque monseñor Alberto José González Chaves ha tenido una excelente intuición: situar en el centro de la espiritualidad —y de un modo especial, en el corazón de quienes rigen la Iglesia y ocupan la sede del sucesor de Pedro— a la Virgen María. Lo hizo León XIII, y hoy lo hace también León XIV.

María es la que siempre nos conduce por el camino que es Jesús, por la verdad que es Jesús, por el amor que es Jesús, por la vida que es Jesús. Como buena Madre, está siempre atenta a nuestras necesidades. Acudimos a ella una y otra vez, seguros de que jamás se cansa de amar ni de esperar.

Recuerdo con gratitud el Año Mariano de 1987-1988, convocado por el papa san Juan Pablo II, cuyo único objetivo fue hacer conocer el papel de María en la Iglesia y en la humanidad, como lo había enseñado el Concilio Vaticano II. En dicho concilio, dos posturas se enfrentaron: unos querían dedicarle un documento especial, otros incluirla en la constitución sobre la Iglesia. Prevaleció esta última opción, y así nació el capítulo VIII de *Lumen Gentium*, titulado «La Bienaventurada Virgen María Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia».

El papa Pablo VI nos recordó que María, Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia. Ella nos acoge, nos impulsa y nos anima a vivir en Cristo. Como dice san Pa-

blo: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos» (Gal 4,4-6).

Con su «sí» y su *fíat*, María hizo posible que el Hijo de Dios viniera a habitar entre nosotros. Por eso es la *Theotokos*, la Madre de Dios, la Madre del Redentor y, por eso mismo, la Madre de la Iglesia. Porque si la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo, María es el camino de la Iglesia, como dijo también san Juan Pablo II.

El magníficat de María debe ser también el de la Iglesia, a lo largo de su peregrinar en la historia. Cada uno de nosotros debe acompañarla en ese camino de fe.

Este libro hace un gran bien al contemplar cómo el papa León XIII desarrolló su devoción mariana, especialmente a través del rosario en sus encíclicas, y cómo el papa León XIV —ya desde su etapa como obispo de Chiclayo— reconocía en María el camino de perfección. El camino de María es camino del creyente. Pero para caminar con ella, debemos revivirla, actualizarla en nuestra vida.

En una ocasión, una feligresa me confidenció lo que había preguntado en su oración a Jesús: «Tú que te has quedado en la Eucaristía, Señor, ¿cómo no has inventado algo para que ella, María, también se quedara con nosotros?». Y que le pareció entender esta respuesta de Cristo: que él nos ha dejado a su madre para que la reproduzcamos en nuestra vida. Así como él se queda en la Eucaristía, quiere que su madre permanezca viva en nosotros.

María es puerta, es silencio, es oscuridad y es vacío. ¿Para qué? Para que se cumpla en ella la Palabra: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). La fe, como enseña *Dei Verbum* n.º 5, no es solo obediencia: es confianza,



entrega total, cooperación activa. María no solo creyó: colaboró responsablemente, impulsada por el Espíritu Santo.

Después de la Anunciación, María corre a servir: la Visitación es expresión de que el «sí» a Dios conlleva un «sí» al prójimo. Allí, en casa de Isabel, brota el magnificat, canto de los humildes, canto de la Iglesia.

En Belén contemplamos el nacimiento de Jesús. Él, que nace en un pesebre, también quiere nacer en el corazón pobre y humilde del bautizado. Pero como entonces, el mundo quiere matar al niño. Por eso María y José huyen a Egipto: para salvarlo. Nosotros también debemos huir de todo lo que nos haga perder a Cristo.

El cuarto momento es el anuncio del dolor. «Y a ti, una espada te atravesará el alma» (Lc 2,35). Presentar a Jesús implica abrazar su cruz. Quien opta por Cristo será criticado, incluso perseguido. Pero no debemos temer: la espada que traspasa el alma de María es señal de la opción verdadera. María vive también su «noche oscura», como cuando pierde a Jesús en el templo. El hijo se oculta, y ella aprende a vivir en la intimidad silenciosa del misterio. En su vida cotidiana, María contempla sin comprender del todo. Así progresa en la fe.

En Caná, María anticipa la hora de Jesús. Ella es Evangelio vivido, Evangelio explicado. Y cuando Jesús dice: «¿Quién es mi madre?» (Lc 11,27), no niega a María, sino que la ensalza como la primera en cumplir la voluntad del Padre.

María permanece junto a la cruz. En el dolor extremo, Jesús nos la entrega: «–Mujer, ahí tienes a tu hijo. –Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,26). Desde ese momento, el discípulo la acogió en su casa. Y nosotros también debemos acogerla. Porque en los momentos de desolación,

cuando parece que Jesús no está, nos queda María, desolada pero firme, como Madre de esperanza.

El rosario tiene mucho que ver con la vida cristiana. El rosario es mucho más que una oración repetitiva. Es una pedagogía del amor. En sus misterios contemplamos, paso a paso, el misterio de la salvación. Como decía el *Documento de Puebla* (n.º 301): «Sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se convierte en ideología».

Vivir al estilo de María es señal de auténtica sabiduría espiritual. Ella es modelo de santidad y ejemplo de amor maternal para todos los que cooperan en la misión apostólica de la Iglesia. Como dice *Lumen Gentium* n.º 65: «La Iglesia en su labor apostólica se fija con razón en aquella que engendró a Cristo [...] para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles».

Por todo esto, concluyo con esta sencilla plegaria a la Madre:

Eres tan hermosa, María, que no podemos dejar de amarte. Tú nos acoges, nos impulsas, nos das fe. Y, con los brazos siempre abiertos, nos esperas para conducirnos por el camino de la santidad.

Unidos a ti por el rosario, de León XIII a León XIV, caminamos con esperanza hacia Cristo.

*Francisco Pérez González*  
*Arzobispo emérito de Pamplona y Tudela*

# I

## ¿Quién fue León XIII?

Como ya hicieran sus predecesores Pablo VI y Juan Pablo II, el 5 de septiembre de 2010 Benedicto XVI visitó Carpineto Romano con motivo del II centenario del nacimiento de León XIII, que vio la luz en esa hermosa localidad el 2 de marzo de 1810. Allí, Benedicto XVI recordó la figura y la magna herencia del papa Pecci, «hombre de gran fe y de profunda devoción»<sup>1</sup>.

Vincenzo Gioacchino Pecci pertenecía a una familia relativamente acomodada: su padre era funcionario de la administración pontificia. Tras estudiar con los jesuitas de Viterbo, en 1824 pasó al también jesuita Colegio Romano. Extraordinariamente dotado para el estudio del latín, en 1832 se doctoró en Teología. Los cinco años siguientes estudió *Utroque Iure*: Derecho civil y canónico, en la Academia de Nobles de Roma. Ordenado sacerdote el 31 de diciembre de 1837, pasó al servicio del papa Gregorio XVI y, consagrado arzobispo titular de Tamiathis el 19 de febrero de 1843, le fueron encomendadas misiones diplomáticas: delegado pontificio en las ciudades italianas de Benevento, Perugia y Spoleto (1838-1843) y nuncio en Bélgica (1843-1846). Así, viajó por Alemania, Francia

---

1 Cf. *L'Osservatore Romano*, ed. española, n. 37 (2176), 12 de septiembre de 2010, pp. 3-4.

e Inglaterra, revelando sus cualidades diplomáticas para potenciar la presencia de la Iglesia en el mundo moderno. Apoyó la alianza entre los partidos belgas católico y liberal, con vistas a consolidar las instituciones católicas en la enseñanza y la acción social.

En 1846, continuando como arzobispo *ad personam*, fue nombrado obispo de Perugia, sede que regiría durante casi un cuarto de siglo, revelando sus dotes de gobierno: reorganizó la actividad pastoral y restauró la catedral y el seminario. Sus escritos pastorales hallaron gran eco en las esferas eclesásticas italianas, porque proponían, como parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, la conciliación entre la tradición y el progreso, atendiendo a las exigencias de su tiempo.

En 1853 el beato Pío IX le nombró cardenal presbítero del título de San Crisógono. En los años siguientes, la unificación italiana supuso la desaparición de los Estados Pontificios y el enfrentamiento con la Iglesia del Estado liberal del nuevo Reino de Italia. Al morir en 1876 el secretario de Estado, cardenal Antonelli, de cuyos criterios sobre la política temporal de la Santa Sede había disentido el cardenal Pecci, este fue llamado a la curia por Pío IX, que en 1877 le otorgó la dignidad de camarlengo de la Santa Iglesia Romana: a la muerte del sumo pontífice él gobernaría interinamente la Iglesia. Así ocurrió el año siguiente, durante el cual se encargó del cónclave que elegiría al sucesor. Candidato idóneo para suavizar las tensiones, por su postura moderada, a la tercera votación el cardenal Pecci fue elegido sumo pontífice, el 20 de febrero de 1878. Tenía casi 68 años. Enérgico pero flexible, adoptó el nombre de León XIII, en honor de León XII. Su pontificado duraría un cuarto de siglo: hasta su muerte, el 20 de julio de 1903.

Era el primer papa elegido después de la pérdida de los Estados Pontificios, en una época de importantes cambios políticos y sociales: el nuevo pontífice debería enfrentarse en los inicios de su gobierno con una difícil situación de la Iglesia en el mundo. Bien acogida su elección en las esferas intelectuales y políticas, los primeros éxitos de la actitud conciliadora adoptada por el papa reforzaron su popularidad. Con León XIII la diplomacia vaticana supo reconducir las relaciones de la Iglesia con los Estados. Su largo pontificado significó un acercamiento a los anglicanos y a los ortodoxos griegos, un impulso de las misiones y un nuevo diálogo de la Iglesia con el mundo moderno. Se puso fin a la hostilidad del régimen imperial alemán y de la Tercera República francesa hacia los católicos. La elevación de Newman al cardenalato granjeó al pontífice gran simpatía dentro del pujante catolicismo inglés. Reforzó además el papa las relaciones con la Iglesia norteamericana, fomentando la expansión del catolicismo en Estados Unidos. Con todo ello, León XIII contribuyó a dotar a la Iglesia de un nuevo protagonismo a escala mundial.

Trató también León XIII de mejorar las relaciones con Italia, regida por Humberto I de Saboya, abiertamente adversario de la Iglesia. Respecto a la usurpación de la soberanía temporal del papa, León XIII mantuvo la prohibición (*non expedit*) de Pío IX a los católicos: como protesta, les impedía intervenir en la política estatal de Italia (excepto los asuntos locales o provinciales). Renunció a reclamar los Estados Pontificios, pero sí reclamó la ciudad de Roma para garantizar su independencia. Las intermitentes campañas anticlericales desplegadas con violencia en Italia y otros incidentes, como el ataque a la procesión que trasladaba el cuerpo de Pío IX a la basílica de San Lorenzo, empujaron a León XIII a pensar en el exilio, llegando in-

cluso a solicitar a Francisco José de Austria que le acogiese, llegado el caso. El emperador no dio una respuesta clara, y el papa decidió no abandonar Roma.

En las dos últimas décadas del siglo XIX se había intensificado el colonialismo europeo. En la Conferencia de Berlín de 1884-1885 las potencias colonizadoras se comprometieron a proteger, junto con los exploradores, a los misioneros. León XIII promovió la labor misionera de la Iglesia. A numerosos lugares de África, Asia y Oceanía llegaron por primera vez misioneros cristianos. El 3 de diciembre de 1884, con la encíclica *Sancta Dei civitas*, el papa exhortaba a los católicos al sostenimiento material y espiritual de las misiones.

También al ecumenismo dedicó varias encíclicas. Al inicio de su pontificado, en 1879, obtuvo la unificación con algunas pequeñas Iglesias orientales antes separadas, como la caldea. Para los anglicanos creó la Comisión Pontificia para la Reconciliación.

En Alemania se resolvió la situación de los católicos, que, agrupados en el partido político Zentrum, eran objeto de persecución por la *Kulturkampf* («lucha por la cultura») del canciller Von Bismarck. En Prusia los religiosos y varios obispos fueron expulsados, los nombramientos eclesiásticos sometidos a las autoridades, el seminario cerrado. León XIII logró que el canciller derogase las leyes adversas a la Iglesia. Cuando en 1890 el emperador Guillermo II destituyó a Bismarck, se alcanzó la libertad.

En Francia el laicismo del Estado prohibió la enseñanza religiosa. Con posiciones antirrepublicanas, los católicos reaccionaron tratando de formar un partido católico y monárquico. Pero el talante conciliador de León XIII reintegró a los católicos (*ralliement*, «adhesión») en la III República, dándoles criterios de acción política, pare-



cidos a los que sugeriría a los italianos, en la encíclica *Au milieu* (1892). Se dejó de identificar a los católicos como monárquicos y los sindicatos católicos se aproximaron más a los obreros. En 1898, con el triunfo de los partidos de izquierda, volvió la persecución a las órdenes religiosas. Émile Combes, elegido presidente en 1902, cerró miles de escuelas religiosas y expulsó a casi todos los religiosos. En 1904 rompería relaciones diplomáticas con la Santa Sede, suspendería el Concordato de 1801 y prohibiría la enseñanza a los religiosos. Ya era papa san Pío X, cuyo pontificado fue de lucha ante la crisis modernista y el resurgir del laicismo en varios Estados, como Francia, España y Portugal. Previéndolo, León XIII había consagrado la humanidad al Corazón de Jesús en 1899.

En julio de 1903 León XIII enfermó gravemente de una inflamación pulmonar. El día 5 recibió los últimos sacramentos, y murió consciente en la tarde del 20. Tenía 93 años y había sido papa durante veinticinco y medio. Enterrado en San Pedro del Vaticano, fue trasladado en 1924 a San Juan de Letrán. Una de las esculturas de su mausoleo representa a un obrero.

\* \* \*

En su dilatado ministerio, León XIII publicó casi un centenar de encíclicas: todo un riquísimo acervo magisterial, de plena vigencia para nuestro tiempo. «Todo pastor de la Iglesia —dijo en Carpineto Romano Benedicto XVI—, en particular todo sumo pontífice [...] está llamado a transmitir al pueblo de Dios no verdades abstractas, sino una “sabiduría”, es decir, un mensaje que conjuga fe y vida, verdad y realidad concreta. El papa León XIII, con la asistencia del Espíritu Santo, fue capaz de hacer esto en

uno de los períodos históricos más difíciles para la Iglesia, permaneciendo fiel a la Tradición y, al mismo tiempo, afrontando las grandes cuestiones abiertas. Y lo logró precisamente basándose en la «sabiduría cristiana», fundada en las Sagradas Escrituras, en el inmenso patrimonio teológico y espiritual de la Iglesia católica y también en la sólida y límpida filosofía de santo Tomás de Aquino, que él apreció en sumo grado y promovió en toda la Iglesia»<sup>2</sup>.

Considerándolos «como facetas de una única realidad: el amor a Dios y a Cristo, al que no se debe anteponer absolutamente nada», Benedicto XVI se refirió a las encíclicas de León XIII sobre Cristo Redentor (*Tametsi futura*, 1 de noviembre de 1900; *Mirae caritatis*, sobre la Eucaristía, 28 de mayo de 1902), sobre el Espíritu Santo (*Divinum illud munus*, 9 de mayo de 1897), sobre la consagración al Sagrado Corazón (*Annum sacrum*, 25 de mayo de 1899), sobre la devoción a san José (*Quamquam pluries*, 15 de agosto de 1889) y sobre san Francisco de Asís (*Auspicato concessum*, 17 de septiembre de 1882), a cuya orden tercera pertenecía el papa.

Dedicó León XIII otras encíclicas a los santos Cirilo y Metodio (*Grande munus*, 30 de septiembre de 1880) y Pedro Canisio (*Militantis Ecclesiae*, 1 de agosto de 1897). Además, escribió otras muchas de carácter teológico-pastoral, como *Inscrutabili Dei consilio*, programática del pontificado (21 de abril de 1878); *Arcanum Divinae Sapientiae*, sobre la familia católica (10 de febrero de 1880); *Sancta Dei Civitas*, sobre las sociedades misioneras (3 de diciembre de 1880); *Spectata fides*, sobre la educación cristiana (27 de noviembre de 1885); *Paterna caritas*, sobre

---

2 Cf. *L'Osservatore Romano*, ed. española, n. 37 (2176), 12 de septiembre de 2010, pp. 3-4.



el Primado Romano (25 de julio de 1888); *Exeunte iam anno*, sobre el ejercicio de la vida cristiana (25 de diciembre de 1888); *Ad extremas*, sobre los seminarios para el clero nativo en los países de misión (24 de junio de 1893); *Non mediocri*, sobre el Colegio Español de Roma (25 de octubre de 1893); *Providentissimus Deus*, sobre el estudio de las Sagradas Escrituras (18 de noviembre de 1893); *Christi Nomen*, sobre la propagación de la fe y las Iglesias Orientales (24 de diciembre de 1894); *Omnibus comperitum*, sobre los católicos melquitas (21 de julio de 1900); *Satis cognitum*, sobre la unidad de la Iglesia (29 de junio de 1896); *Spesse volte*, sobre algunas instituciones católicas (5 de agosto de 1898); *Quam diuturnum*, sobre la asamblea plenaria de obispos de Hispanoamérica (25 de diciembre de 1898); *Magni Nobis*, sobre la Universidad Católica de las Américas (7 de marzo de 1889); *Paternae* (18 de septiembre de 1899) y *Fin dal principio* (8 de diciembre de 1902), sobre la formación de los sacerdotes; *Dum multa*, sobre la legislación matrimonial (24 de diciembre de 1902).

Hay otras de temática más circunstancial: *Quod auctoritate*, que proclama un jubileo extraordinario (22 de diciembre de 1885); *Quarto abeunte saeculo*, que conmemora el IV centenario del descubrimiento de América (16 de julio de 1892); *Quod anniversarius*, en su jubileo sacerdotal (1 de abril de 1888); *Urbanitatis veteris*, sobre la fundación de un seminario en Atenas (20 de noviembre de 1901); *Quod votis*, sobre el proyecto de una universidad católica en el Imperio austrohúngaro (30 de abril de 1902).

Se cuentan por decenas las que abordan situaciones o problemas de la Iglesia en diversos países: Bélgica (*Licet multa*, 3 de agosto de 1881, y *Permoti nos*, 10 de julio